



En la caja de Cristal

Marianela Alegre¹

-Cuentos inspirados en la obra escultórica de Alejandro Cantarutti “El mundo de Amadeo”-



La hamaca

Amadeo se sienta en el patio de su casa sobre el pasto tierno.

A veces se mece lento, tan tan lento que parece que está quieto.

A veces arranca yuyitos y los arroja al aire para ver cómo suben, y ver cómo bajan.

¹ Marianela Alegre es Contadora Pública Nacional egresada de la Univ. Nac. del Litoral, y Estudiante de Licenciatura en Teatro en la UNL. Escritora. Actualmente dicta charlas y lecturas en escuelas primarias a partir de sus títulos infantiles por la inclusión, libros que tienen por personajes niños con discapacidad o no neurotípicos. Sus obras han sido declaradas de interés por la Cámara de Diputados y Diputadas de la provincia de Santa Fe y ha sido recientemente reconocida por el Honorable Concejo de la ciudad de Santo Tomé. Respecto de la actividad teatral, se encuentra llevando adelante el montaje de una obra basada en su último libro, “La hamaca”, cuyo protagonista es un niño con autismo. Dicho libro ha sido llevado recientemente a formato audiovisual, mediante una narración-actuación en Lengua de señas.

cpnmarianelaalegre@yahoo.com.ar

A veces, con su camión de constructor, hace pozos para atravesar el mundo hasta el otro lado.

A veces dibuja, a veces canta, a veces mira cómo el sol ilumina las cosas.

A veces el viento juega con sus rulos negros y Amadeo se ríe.

Una tarde, sentado como de costumbre sobre el pasto tierno del patio, Amadeo vio una hormiga cargando una hojita de menta.

La hormiga se trepó a su pie, se sentó en el dedo gordo, lo miró un ratito y mordió la hojita.

—¿Querés? —dijo la hormiga—. Está jugosa y picante.

—No me gusta el picante —contestó Amadeo.

—Te puedo traer el pétalo de una flor. Los pétalos son dulces —ofreció la hormiga.

—No me gustan los dulces —respondió Amadeo.

—Tu voz suena como la de un robot. Me gusta —dijo la hormiga—. Si te gustan las cosas saladas te puedo traer un granito de tierra, o mejor, la cabeza de una lombriz que encontré ayer por allá —la hormiga señaló el gran sauce del patio.

—Tu voz es finita. También es linda —respondió Amadeo mirando la hamaca.

La hamaca de Amadeo es de madera. La construyó su papá y la colgó de la rama más fuerte del sauce con cadenas plateadas.

Amadeo se levantó. Dio un paso, dio otro paso más y después corrió rápido hasta el árbol y se sentó en la hamaca.

—¡¡CASI ME TIRÁS AL SUELO!! —le reprochó la hormiga.

Amadeo gritó. Gritó AYUDA AYUDA AYUDA, y se golpeó la cabeza con las manos abiertas.

—No quise gritarte. Perdoname —suplicó la hormiga un poco triste.

—No me gustan los gritos porque en mi cabeza parecen truenos y relámpagos y sirenas y el sonido de las trompas de mil elefantes y llamaradas también —dijo Amadeo, calmándose.

Amadeo y la hormiga se hamacaron un rato. La hormiga decía: ¡Más alto, más alto! Y cantaba ¡Aauuiiiii! ¡Aauuiiiii! en cada subida, y cantaba ¡Aauuiiiii! ¡Aauuiiiii! en cada bajada. También decía ¡Qué lindo! ¡Qué lindo! ¡Yuuuupiiiiii!

Amadeo no decía nada. Miraba el cielo. Cuando subía lo veía cerca. Cuando bajaba lo veía lejos.

Cuando la hamaca iba hacia atrás veía el pasto salpicado de florecitas silvestres pasar rápido bajo sus pies descalzos.

Si bajaba la cabeza veía a la hormiga agarrada con dos patitas a su dedo, y veía las otras cuatro patitas volando en el aire.

Veía al gato del vecino caminar por la pared del patio que separa las casas, y veía a Papá asomado a la ventada de su taller de carpintero, mirándolo.

—¿Con quién hablás Amadeo? —escuchó que le decía Papá desde la ventana.

—¿Cómo te llamás? —le preguntó a la hormiga.

—Hormiga —contestó la hormiga.

—Hablo con Hormiga, Papá —dijo Amadeo pero Papá no lo escuchó porque lo dijo con su pensamiento.

Papá se acercó a la hamaca llevando un vaso con jugo de naranja y un chorrito de limón, que es como Amadeo le gusta. Él bebió rápido el jugo y dejó en el vaso unas gotas para Hormiga.

—Para Hormiga —dijo dejando caer una gotita, solo una, en el dedo gordo del pie.

Papá estiró la mano para acariciarlo. Amadeo saltó de la hamaca y la mano de Papá quedó en el aire como un pájaro.

Tu papá es bueno, dijo Hormiga y Amadeo no dijo nada.

Tu papá hace rica limonaranjada, dijo Hormiga y Amadeo no dijo nada.

Tu papá quiso acariciarte, dijo Hormiga y Amadeo dijo: No me gusta que me toquen. Si me tocan me pincha.

Si me tocan me duele.

Si me tocan me arde.

Si me tocan grito.

—Yo te estoy tocando. Estoy parada en tu dedo gordo —dijo Hormiga sorbiendo de a poco la gota de limonaranjada que sostenía con sus patitas delanteras.

—Estar parado no es tocar, es estar parado, como lo árboles y lo rascacielos, o las montañas—dijo Amadeo.

—¿Con quién hablás? —volvió a preguntar Papá acercándose a Amadeo, que otra vez estaba sentado sobre el pasto.

—Con Hormiga, ya te dije Papá —volvió a decir Amadeo en su pensamiento.

—¿Tenés un amigo invisible?

—Invisible no. Es una amiga colorada —dijo Amadeo con toda la voz, señalando su dedo gordo.

Papá vio a Hormiga y creyó que picaría a Amadeo así que la empujó soplando con fuerza.

Hormiga salió volando y se despatarró sobre el pasto.

La gota de limonaranjada también voló. Cayó sobre las antenitas de Hormiga. Se rompió, y Hormiga se bañó con el jugo.

Amadeo rió y Papá rió. Hormiga no, porque las hormigas no ríen.

Papá se sentó junto a Amadeo.

El pasto pica, dijo Amadeo y se rascó la pierna, después, deslizó su mano haciendo caminar los dedos. Mi mano es una araña, dijo. Rozó los dedos ásperos de Papá, y volvió a rascarse la pierna.

Las estrellas son de caramelos de menta, dijo Hormiga.

El sol es de limonaranjada, dijo Amadeo.

Y la luna de arroz con leche, dijo Papá.

El triciclo

Amadeo pedaleaba con fuerza. El patio de su casa no era el patio. Era un planeta lejano. La hamaca del patio no era la hamaca. Era un extraterrestre amenazante. El triciclo no era un triciclo. Era una poderosa nave exploradora.

—¡No tan rápido! —Hormiga corría tras el triciclo.

—¡Tan rápido. Tan rápido! —respondió Amadeo con toda su voz que parecía salir de una cueva de metal.

—¡No vayas tan rápido! —Hormiga se paró en dos patitas, con otras dos se tomaba la cabeza y con las otras dos sostenía un cartel con la señal de “ALTO”.

—Se derrumba —contestó Amadeo.

—¡No te alcanzo. No te alcanzo! —gritaba Hormiga.

—No te alcanzo. No te alcanzo —repetía bajito Amadeo pedaleando más rápido.

Hormiga escuchó la voz de Papá: “Cuidado Amadeo, vas muy rápido”.

—Papá dice que vas muy rápido.

—Muy rápido— Amadeo habló tan bajito que Hormiga no pudo escucharlo.

Nuevamente Hormiga oyó la voz de Papá, que se había asomado a la ventana de su taller de carpintero: “Amadeo, vas muy rápido”.

—¿Ves?, vas muy rápido.

—Las palabras no se ven —contestó Amadeo y detuvo el triciclo.

—Es un decir —le explicó Hormiga.

—No se ven las palabras —insistió Amadeo.

—Un decir —explicó Hormiga —, es cuando decís algo que quiere decir otra cosa y todos saben lo que quiere decir.

—Otra cosa —repitió Amadeo y se bajó del triciclo.

—¿Estás cansado? ¿Querés agua? —preguntó Hormiga.

—Sí, soleado soleado —contestó Amadeo.

—Quiere agua —dijo Hormiga a Papá que se acercaba con un vaso en la mano. Amadeo bebió y dijo “agua fresca”.

—Es jugo —dijo Papá—, como a vos te gusta, naranja con un chorrito de limón.

—Sí, soleado agua fresca agua fresca agua fresca.

—¿Querés que te traiga agua fresca?

—No, agua fresca.

—Hay que cortar ese cabello. Está muy largo, dijo papá.

—No —dijo Amadeo—. No quiero, no quiero que me quites el pelo. No quiero que me quites nada.

—Pero está muy largo, Amadeo. Mamá dice que en la escuela le pidieron que lo cortemos un poco.

—La escuela es confusa.

—Aprender cuesta pero es lindo. ¿No te parece lindo aprender? —preguntó Papá.

—Puntiagudo —contestó Amadeo.

—En la escuela te enseñan cómo llevar cargas y cómo no perderte en el camino al hormiguero —agregó hormiga que estaba sentada sobre el pasto, respirando hondo. La carrera la había cansado.

—Estás tomate —dijo Amadeo a Hormiga.

Hormiga se abanicaba con el pétalo de una margarita.

—¿Querés un tomate? —preguntó Papá—. Mejor te traigo una manzana.

—¡Síiiii, manzana, manzana! —Hormiga aplaudió con sus seis patitas.

Amadeo volvió a pedalear en su triciclo. Recorrió los canteros de flores de Mamá. Dio dos vueltas alrededor del sauce del patio y se detuvo a mirar un rato largo la hamaca. Después, fue directo al taller de carpintero. Hormiga lo seguía.

—La madera no es color —dijo Amadeo.

—¿Qué es color? —preguntó Hormiga.

—La madera es marrón clarito —dijo Papá, dándole una manzana.

—La madera no es color —repitió Amadeo—. La manzana está tomate.

—¿Qué es color? —volvió a preguntar Hormiga.

—Vos sos roja, la madera no es color, la manzana está tomate—explicó Amadeo y mordió la manzana. Gotitas de jugo dulce saltaron mojándole la nariz y Amadeo estornudó.

—Me bañaste —dijo Hormiga secándose con un poco de aserrín.

—¿Entonces? —preguntó Papá—, ¿nos podemos cortar el pelo? Yo también me voy a cortar el mío, también está muy largo.

—Dormido —contestó Amadeo —, dormido no grito, no duele.

—¿Cortarse el pelo duele? —preguntó Hormiga.

—No, dormido. Dormido. —contestó Amadeo.

—Lo corto un poquito mientras dormís. ¿Te parece Amadeo? —preguntó Papá.

—¿Te parece Amadeo? —repitió Amadeo—. Dormido —dijo después y salió del taller de Papá.

Amadeo pedaleaba con fuerza. El patio de su casa no era el patio. Era un planeta lejano. La hamaca del patio no era la hamaca. Era un extraterrestre amenazante. El triciclo no era un triciclo. Era una poderosa nave exploradora.

En la caja de cristal

—¿Por qué vamos a la escuela dentro de una caja de cristal? —preguntó Hormiga.

Amadeo se acomodó la mochila. Esperó que su papá comenzara a caminar y lo siguió, caminando tres pasos atrás de él como siempre lo hacía.

—¿Por qué no caminamos de la mano de Papá? —preguntó Hormiga.

Amadeo le dio la mano a Hormiga para que se tranquilizara.

—La escuela es de púas —dijo—, pero Papá dice que vamos a aprender.

—Creí que era de caramelos —dijo Hormiga— mis primas que viven allá dicen que la escuela es de gotitas de caramelo y migas de masitas con baba.

—La escuela es de ruidos —dijo Amadeo y se detuvo.

—¿Querés caminar junto a mí? —preguntó Papá—. No te oigo si me hablás desde atrás.

—La escuela no oye —contestó Amadeo deteniéndose.

—Vamos —dijo Papá —. Sigamos.

Papá dio un paso y Amadeo dio un paso.

Amadeo esperó que Papá diera dos pasos más para dar otro.

—Repasemos —dijo Papá—, tu señorita se llama Alicia y vas a segundo grado C.

—El grado es de ruidos —dijo Amadeo.

—El grado es de chicles —dijo Hormiga —. Los chicles tienen lindo olor pero son peligrosos.

Mi prima del primer segundo A perdió una antena en un chicle de frutilla. Mejor nos quedamos dentro de nuestra caja de cristal. —dijo Hormiga agarrándose fuerte de la mano de Amadeo.

—Bueno. Llegamos —dijo Papá parado frente a la puerta de la escuela—, a partir de hoy entrás solo.

—No voy solo, voy con Hormiga.

Papá dijo chau con la mano.

—Chau Papá —dijo hormiga, saludando con dos de sus patitas.

Formados en el patio de la escuela izaron la bandera cantando una canción. Hormiga también cantó.

Amadeo cantó con su pensamiento.

Entraron al aula. Los chicos corrieron a sus bancos. “Despaaciooo”, dijo la señorita Alicia con una sonrisa enorme.

Amadeo se sentó en su banco y Hormiga exploró el aula.

—Recién barrida. Nada de migas de masitas con baba, ni de gotas de caramelos. Sin peligros a la vista, no hay de trampas para antenas.

—Chicles. —dijo Amadeo sacando los útiles de la mochila—. Lápiz, cuaderno, goma, cartuchera.

—Tu cartuchera es linda.

—Esa nena te habla —dijo Hormiga, tironeando del pantalón de Amadeo.

—Me llamo Alma, ¿y vos?

—¡Amadeo! ¡Amadeo! —contestó Hormiga dando saltitos— ¡Ya tenemos una amiga! —dijo Hormiga trepando por el brazo de Amadeo para ver mejor a Alma—. Yo soy Hormiga.

—Alma —dijo bajito Amadeo.

Buenos días, dijo la señorita y todos juntos dijeron buenos días. Después cada uno dijo su nombre. Hormiga gritó fuerte ¡soy Hormiga, soy Hormiga!

Alma lo señaló y dijo. Él es Amadeo. Habla bajito.

En el recreo los chicos jugaron con una pelota. Cuando lo invitaron, Amadeo se acercó pero no pudo patear la pelota porque los gritos de Pateá Pateá Pateá, le pincharon todo el cuerpo.

Amadeo se sentó en un banco y los miró ir y venir. Miró los nenes y las nenas de tercero jugando al gallito ciego. Miró sus caras y sus manos. Miró los saltos al aire que daban las trenzas de las nenas que jugaban a la ronda y el pelo revuelto por la carrera de los nenes que jugaban con la pelota. Miró a los de séptimo que charlaban y se convidaban galletitas y caramelos.

Hormiga exploró el patio en busca de las gotitas de caramelo y las migas de masita con baba. Comió tanto que le dio dolor de panza.

—Me duele la panza —dijo Hormiga, subiendo con dificultad al zapato de Amadeo.

—A mí también —contestó Amadeo.

—¿Comiste muchas migas con baba? —preguntó Hormiga.

—No —contestó Amadeo.

—¿Gotitas de caramelo? —quiso saber Hormiga.

—No —repitió Amadeo.

—¿Y por qué te duele la panza?

—Mal entendido —dijo Amadeo.

—No entiendo —contestó Hormiga.

—Mal entendido con ruidos —repitió Amadeo.

—Lo mejor para el dolor de panza es vomitar —dijo Hormiga y vomitó.

Alma se acercó a Amadeo y le ofreció una galletita.

—¡Yo también quiero! —dijo Hormiga.

—Son ricas, tienen chispas de chocolate —dijo Alma.

—¡Yo quiero, yo quiero! —repitió Hormiga, dando saltitos.

Amadeo tomó una galletita. La mordió y dijo: Chispas de chocolate.

El timbre sonó y todos regresaron a sus aulas.

—¿Querés ser mi amigo? —preguntó Alma.

—A veces —contestó Amadeo.

En el aula, cuando todos hicieron silencio, la señorita Alicia leyó un cuento. El cuento hablaba de un color que se sentía solo porque no podía hacer amigos como lo hacen todos los demás. Finalmente el cuento encontraba su forma de tener amigos, una forma única, como él.

Amadeo escuchó con mucha atención imaginando el color único de ese color único, y cuando la señorita preguntó qué color pensaban que era ese color único, Amadeo respondió atravesando con su voz vibrante la caja de cristal: Un color Amadeo.